

esta voluntad inflexible, este deseo de venganza, mi ódio inmortal, y un valor que no ha de someterse ni cede jamás, ¿cómo he de tenerme por subyugado? Ni su cólera ni su fuerza me arrebatarán nunca esta gloria: humillarme y pedir gracia, doblada la rodilla, y acatar un poder, cuyo ascendiente ha puesto en duda poco há mi terrible brazo, sería una bajeza, una ignominia, más vergonzosa aún que nuestra caída. Y pues, según ley del destino, no pueden perecer la fuerza de los dioses ni la sustancia empírea, y por la experiencia de este gran acontecimiento vemos que nuestras armas no son peores, y que en prevision hemos ganado mucho, podremos resolvernos á empeñar con más esperanza de éxito, por la astucia ó por la fuerza, una guerra eterna é irreconciliable contra nuestro gran enemigo triunfante ahora, y que en el colmo de su júbilo impera como absoluto ejerciendo en el cielo su tiranía.»

Así habló el Ángel apóstata, aunque acongojado por el dolor; así se jactaba en alta voz, mas poseído de una desesperación profunda; y de este modo le contestó en seguida su arrogante compañero:

«¡Oh príncipe! ¡oh caudillo de tantos tronos, que bajo tu enseña condujiste á la guerra á los serafines en orden de batalla, y que mostrando tu valor en terribles trances pusiste en peligro al Rey perpétuo del cielo, contrastando su soberano poder, débase éste á la fuerza, al acaso ó al destino! Harto bien veo y maldigo el fatal suceso de una triste y vergonzosa derrota que nos arrebató el cielo. Todo este poderoso ejército se halla en la más horrible postración, y destruido hasta el punto que pueden estarlo los dioses y las divinas esencias, pues el pensamiento y el espíritu permanecen invencibles, y el vigor se restaura pronto, por más que esté amortiguada nuestra gloria, y que nuestra dichosa condición haya venido al más miserable estado. Pero ¿y si el vencedor (forzoso me es ahora creerle todopoderoso, pues á no serlo, no habría conseguido avasallarnos) si el vencedor nos conserva todo nuestro espíritu y fortaleza para que mejor podamos sufrir y soportar las penas, para aplacar su vengativa cólera, ó prestarle un servicio más rudo, esclavos del derecho y de la guerra, y donde más pueda convenirle, aquí, en el corazón del infierno, trabajando en medio del fuego, ó sirviéndole de mensajeros en el negro abismo? ¿De qué nos servirá entonces conocer que no ha disminuido nuestra fuerza ni menoscabádose la eternidad de nuestro ser para sufrir un castigo eterno?»

A lo que con estas breves palabras replicó el gran Enemigo:

«Humillado Querubin, vileza es mostrarse débil, bien en las obras, bien en el sufrimiento. Ten por seguro que nuestro fin no consistirá nunca en hacer bien; el mal será nuestra única delicia, por ser lo que contraria la suprema voluntad á que resistimos. Si de nuestro mal procura su providencia sacar el bien, debemos esforzarnos en malograr su empeño, buscando hasta en el bien los medios de hacer el mal; y esto fácilmente podremos conseguirlo, de suerte que alguna vez le enojemos, si no me engaño, y nos sea posible torcer sus profundas miras del punto á que se dirigen. Pero mira. Irritado el vencedor, ha vuelto á convocar en las puertas del cielo á los ministros de su persecución y de su venganza. La lluvia de azufre que lanzó contra nosotros la tempestad, ha allanado la encrespada ola que desde el precipicio del cielo nos recibió al caer; el trueno, en alas de sus enrojados relámpagos y con su impetuosa furia ha agotado quizás sus rayos, y no brama ya á través del insondable abismo. No dejemos escapar la ocasión que nos ofrece el descuido ó el furor ya saciado de nuestro enemigo. ¿Ves aquella árida llanura, abandonada y agreste, cercada de desolación, sin más luz que la que debe al pálido y medroso resplandor de estas lividas llamas? Salvémonos allí del embate de estas olas de fuego; reposemos en ella, si le es dado ofrecernos algún reposo; y reuniendo nuestras afligidas huestes, veamos cómo será posible hostigar en adelante á nuestro enemigo, cómo reparar nuestra pérdida, sobreponiéndonos á tan espantosa calamidad, y qué ayuda podremos hallar en la esperanza, si no nos sugiere algún intento la desesperación.»

Así hablaba Satan á su más cercano compañero, con la cabeza fuera de las olas y los ojos centellantes. De desmesurada anchura y longitud las demás partes de su cuerpo, tendido sobre el lago, ocupaba un espacio de muchas varas. Era su estatura tan enorme, como la de aquel que por su gigantesca corpulencia se designa en las fábulas con el nombre de Titan ¹, ó hijo de la Tierra, el cual hizo la guerra á Júpiter, y cual la de Briareo ² ó Tifon ³, cuya caverna se hallaba cerca de la antigua Tarso ⁴; tan grande como el Leviatan ⁵, monstruo marino á quien

(1) Hijo del Cielo y de la Tierra, hermano de Saturno, padre de los Titanes ó Gigantes que hicieron guerra á los dioses.

(2) Llamado también Egeon; dícese que tenía cien brazos.

(3) Tifon ó Tifeo, que nació de Titan y de la Tierra.

(4) Ciudad de Cilicia, de la cual hablan Píndaro y Pomponio Mela.

(5) Este *Leviatan*, según Job, era el cocodrilo, y Milton parece que lo confirma después atribuyéndole escamas; pero por lo que añade, y porque en los mares de Noruega no existen cocodrilos, es de suponer que más bien alude á la ballena, á la cual conviene la apariencia de isla y la anécdota que refiere.

Dios hizo el mayor de todos los seres que nadan en las corrientes del océano. Duermo tranquilo entre las espumosas olas de Noruega, y con frecuencia acaece, según dicen los marineros, que el piloto de alguna barca perdida le toma por una isla, echa el ancla sobre su escamosa piel y amarra á su costado, mientras las tinieblas de la noche cubren el mar, retardando la ansiada aurora. No ménos enorme y gigantesco yacía el gran Enemigo encadenado en el lago abrasador; y nunca hubiera podido levantar su cabeza, si por la voluntad y alta permision del Regulador de los cielos, no hubiera quedado en libertad de llevar á cabo sus perversos designios, para que con sus repetidos crímenes atrajese sobre sí la condenacion al fraguar el mal ajeno, y á fin de que en su impotente rabia viese que toda su malicia solo habia servido para que brillase más en el hombre, á quien despues sedujo, la infinita bondad, la gracia y la misericordia, y en él resaltasen al par su confusion, sus iras y su venganza.

Enderézase de pronto sobre el lago, mostrando su poderoso cuerpo; rechaza con ambas manos las llamas, que abren sus agudas puntas, y que rodando en forma de olas, dejan ver en el centro un horrendo valle; y desplegando entónces las alas, dirige á lo alto su vuelo, y se mece sobre el tenebroso aire, no acostumbrado á semejante peso, hasta que por fin desciende á una tierra árida, si tierra puede llamarse la que está siempre ardiendo con fuego compacto, como el lago con fuego liquido. Tal es el aspecto que presentan, cuando por la violencia de un torbellino subterráneo se desprende una colina arrancada del Peloro ¹ ó de los costados del mugiente Etna, las combustibles é inflamadas entrañas que, preñadas de fuego, se lanzan al espacio por el violento choque de los minerales y con el auxilio de los vientos, dejando un ardiente vacío envuelto en humo y corrompidos vapores. Semejante era la tierra en que puso Satan las plantas de sus piés malditos. Siguele Belzebú, su compañero, y ambos se vanaglorian de haber escapado de la Estigia por su virtud de dioses, y por haber recobrado sus propias fuerzas, no por la condescendencia del Poder supremo.

«¿ Es esta la region, dijo entónces el precito Arcángel, este el pais, el clima y la morada que debemos cambiar por el cielo, y esta tétrica oscuridad por la luz celeste? Séalo, pues el que ahora es soberano, solo lo que puede disponer y ordenar es lo que contempla justo; lo más preferible es lo que más nos aparte

(1) El Peloro era uno de los tres grandes promontorios de Sicilia, que ahora se llama Cabo del Faro (*Capo di Faro*) y está poco distante del monte Etna.



ENDERÉZASE DE PRONTO SOBRE EL LAGO MOSTRANDO SU PODEROSO CUERPO.....

de él; que aunque la razón nos ha hecho iguales, él se nos ha sobrepuesto por la violencia. ¡Adios, campos afortunados, donde reina la alegría perpetuamente! ¡Salud, mansion de horrores! ¡Salud, mundo infernal! Y tú, profundo Averno, recibe á tu nuevo señor, cuyo espíritu no cambiará nunca, ni con el tiempo ni en lugar alguno. El espíritu vive en sí mismo, y en sí mismo puede hacer un cielo del infierno, ó un infierno del cielo. ¿Qué importa el lugar donde yo resida, si soy el mismo que era, si lo soy todo, aunque inferior á aquel á quien el trueno ha hecho más poderoso? Aquí, al ménos, seremos libres, pues no ha de haber hecho el Omnipotente este sitio para envidiarnoslo, ni querrá, por lo tanto, expulsarnos de él; aquí podremos reinar con seguridad, y para mí, reinar es ambición digna, aun cuando sea sobre el infierno, porque más vale reinar aquí, que servir en el cielo. Pero, ¿dejaremos á nuestros fieles amigos, á los partícipes y compañeros de nuestra ruina, yacer anonadados en el lago del olvido? ¿No hemos de invitarlos á que compartan con nosotros esta triste mansion, ó á intentar una vez más con nuestras fuerzas reunidas si hay todavía algo que recobrar en el cielo, ó más que perder en el infierno?»

Así hablaba Satan; y Belzebú le respondió así: «¡Caudillo de los inclitos ejércitos, que por nadie sino por el Todopoderoso podían ser vencidos! Si otra vez oyen esa voz, seguro vaticinio de su esperanza en medio de sus temores y peligros, esa voz que ha resonado con tanta frecuencia en los trances más apurados, ya en el crítico momento del combate, ó cuando arreciaba la lucha, y que era en todos los conflictos la señal indudable de la victoria, recobrarán de pronto nuevo valor y vida, aunque ahora giman lánguidos y postrados en el lago de fuego, y tan aturdidos y estupefactos como há poco lo estábamos nosotros. Ni esto es de extrañar, habiendo caído desde tan funesta altura.»

No bien había acabado de decir esto, cuando el réprobo Príncipe se dirigió hácia la orilla. Pesado escudo de etéreo temple, macizo, ancho y redondo, pendía de sus espaldas, cubriéndolas con su inmenso disco, semejante á la luna, cuya órbita observa por la noche á través de un cristal óptico el astrónomo toscano, desde la cima del Fiésole¹ ó en el valle del Arno, para descubrir nuevas tierras, ríos y montañas en su manchada esfera. La lanza de Satan, junto á la cual parecería una caña el más alto pino cortado en los montes de Noruega para convertirlo en mástil de un gran navio almirante, le ayuda á sostener sus inseguros

(1) Pueblo de Toscana, próximo á Florencia.